

hoy escribe

Jesús Ibáñez (*)

puntaren puntan

La ética de la responsabilidad

El presidente del Gobierno nos propone el cambio de la ética ideológica por la ética de la responsabilidad. ¿Qué nos quiere decir con eso? Voy a intentar una explicación en dos movimientos: primero, aplicaré el modelo a cuatro casos prácticos; luego, esbozaré una explicación teórica.

Vamos con los casos prácticos: 1) Cuando se supo que el señor Kurt Waldheim, antiguo secretario general de las Naciones Unidas y actual presidente de Austria, había pertenecido al partido nazi y lo había ocultado, todos los bienpensantes del mundo quedaron consternados. Hasta que dio una explicación convincente: no es que sus ideas hubieran sido nunca nazis, es que para su carrera le convenía entonces acercarse al nazismo: ahora, alejarse de él. Esto es: su comportamiento no respondió a su deseo, sino a su interés (no al principio de placer, sino al principio de realidad). La ética ideológica se inscribe en el principio de placer, la ética de la responsabilidad en el principio de realidad.

2) El doctor Grande Covián ha declarado en Santander: «Todos aquéllos que tanto se preocupan de los componentes químicos (esto es, de los contaminantes - J. I.) no dicen nada, sin embargo, de los aditivos naturales que contienen la mayoría de los productos que consumimos, y de los que la ciencia aún no sabe su verdadera composición» (Alerta, 30-7-86). Si entendemos bien al doctor, lo natural es malo porque los científicos no saben su composición. O sea: es bueno el mal hecho a conciencia, es malo el bien hecho inconscientemente. La ética ideológica es inconsciente, la ética de la responsabilidad, consciente.

3) En la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo» me encontré con un alto dirigente socialista: «¿Qué haces? -Estoy en el seminario de Tamames. -¿Sobre qué es el seminario? - Sobre ecología. -Si es de Tamames, no será ecología sino ideología». Franco decía a sus ministros: «Hagan ustedes como yo, no se metan en política». Todo lo que cuestiona el statu quo es ideología: la ciencia, en cambio, garantiza empírica y teóricamente el statu quo. La ética ideológica se funda en

la ideología, la ética de la responsabilidad en la ciencia.

4) En la misma universidad, la empresa ENRESA ha organizado un curso sobre vertidos radiactivos (la empresa se dedica, naturalmente, a verter residuos radiactivos). La conclusión del curso es clara: «Desde sus diferentes experiencias profesionales, los presentes consideraron que actualmente están en marcha los mejores sistemas para el tratamiento de residuos radiactivos (esto es, vertidos al mar y depósitos en formaciones geológicas -J.I.), si bien -añadieron- el principal problema reside en convencer a la población de que las soluciones adoptadas son las correctas». (Alerta, 30-7-86). Lo que hay que hacer -vienen a decir- es viajar menos y leer más los periódicos. Si los residuos son peligrosos y la gente cree que no son peligrosos, seguirán votando a los mismos. La ética ideológica exige evitar depósitos de residuos peligrosos. La ética de la responsabilidad exige convencer a la gente de que los depósitos de residuos peligrosos no son peligrosos (en vez de escuchar al mensajero, matarle).

Ya tenemos cuatro puntos para ajustar una curva. La ética de la responsabilidad responde al principio de realidad (llámame perro y échame pan), es consciente (somos conscientes de los medios, pero no de los fines), se apoya en la ciencia (la ciencia pregunta cómo funciona esto, la ideología pregunta por qué las cosas son como son y si podrían ser de otro modo), exige decir que está bien lo que está mal hecho (un camino es bueno porque decimos que es bueno).

Vamos ahora con la teoría. Hay dos tipos de responsabilidad: responsabilidad restringida en un sistema cerrado y responsabilidad generalizada en un sistema abierto. Ser responsable es comprometerse con la supervivencia de un sistema. En un sistema cerrado, el valor de supervivencia consiste en cerrar agujeros: los agujeros por los que la energía penetra (un agujero en una barca, hay que taponarlo enseguida) o sale (un pinchazo en una rueda, hay que parcharlo enseguida); los agujeros por los que la información penetra (una emisora extranjera en una dictadura, hay que interferirla

enseguida) o sale (una ventana en un dormitorio, hay que cerrarla enseguida). El valor de supervivencia en un sistema abierto consiste en mantener abiertos los agujeros: los agujeros por los que la energía penetra (la boca, las minas) o sale (el ano, los vertederos); los agujeros por los que la información penetra (los órganos de los sentidos, los medios de comunicación) o sale (las manos, la tecnología).

Jugando con Max Weber, el presidente del Gobierno preconiza para un sistema abierto la ética de la responsabilidad propia de un sistema cerrado.

Lo que le pasa al presidente es que es un dios (no hay más que oírle). Los dioses son los seres más limitados del universo. Como todo los aen y todo lo pueden, son interiores sin exterior; prisioneros de su autosuficiencia, no pueden comparar (ni con otro lugar, pues llenan todo el espacio, ni con otro momento, pues llenan todo el tiempo). Limitados, no pueden ver ni manejar su limitación. Viven en un sistema cerrado: todos los fines son definitivos. Lo que hay es lo mejor que puede haber.

Kurt Waldheim es un pescador en río revuelto: siempre saca tajada. El doctor Grande Covián considera malo todo lo que no conoce y controla: se pone en el lugar de dios. Los dirigentes socialistas no admiten más verdad que la suya: las cosas son como son y no pueden ser de otro modo. Los expertos de ENRESA saben que es más fácil decir que lo negro es blanco que blanquearlo: decir «consume menos energía» que hacer. Todos ellos se pliegan al estado actual de cosas, como lapas.

Felipe González pretende haber formado un gobierno de izquierda: no es cierto, pero ha formado un gobierno. De derecha, por supuesto: inasequible al cambio. Responsable del presente, no del futuro. El gobierno que puede formar un dios. ¿Decidirá alguna vez Felipe, como el otro dios famoso, hacerse hombre?

(*) Catedrático de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Batzokiak salgai

Oiraintze disfrutatzen/sufritzen ari garen uda parte honetan sartu berriak ginela hasi ziren zabaltzen zenbait tokitan «EAJren kritikoak» deitutakoak ahaleginetan zehitzala lokala berriak erosten, edozein momentutan sor zitekeen alderdi berri baterako batzokiak litezkeenak alegia. Eta ez bakarrik Araban edo Nafarroan, porzieto, Ez zen zurrumurru hori gehiegi zabaldu eta ez zuen oihartzun haundiegirik aurkitu komunikabideetan, baina detalle horretan ikus zitekeen, orduaroko, EAJren barruan konponbide guztiak itxen ari zirela definitiboki, eta batzuen gogoan ezinbestekoa zenaren asmo berria gauzatu ari zela.

Esana dugu egunkari honen leertatik abuztua izango zela alderdiaren ofizialistek egurra banatzeko aukeratu zuten garaia, jende gehiena ohizko lanetatik kanpo eta oportetean egoteaz profutatuz. Oñain dela zenbait egun, Gasteizko juntako diskoteka baten lokalea erosten, argi iragartzen zen bukaturta eta amaituta omen zegoen krisialdi famatua urrats berri eta sinifikatiboa emateko prest zegoela.

Atzo arratsalde, Gasteizen aurkeztutako alderdi berria ezin esan ustekabe agertu dela, Nafarroakoak ezezik Gasteizko expulsiotatik ere «no hay más remedio que converger en una alternativa política distinta» tipotako esaldiak botatzen aspaldi hasiak bait ziren. Eta ez dira gutxi izango Bizkaian edota Gipuzkoan esaldi horien ados direnak. Nik dakidenez, behintzat, Bizkaiko junta handienetarikoa baten kritikoek ez dute denbora galdu batzoki berri baten zuzendaketa lokalea lortzen. Garaioak, bada, inbiliarientzat, etorri behar direnak.

Jon BASTERRA

hemeroteka

Formación política y profesionalidad

(G. Morán, en «La Gaceta del Norte», 21-8-86)

Si usted tiene la ligereza de telefonar a un político vasco durante estos días y comete la osadía de preguntarle por las negociaciones con ETA militar, tiéntese la ropa, puede verse acusado de manipulador al servicio de oscuros intereses. Sin ir más lejos, ayer lo hizo Xabier Markiegi, cuando a alguien de este periódico se le ocurrió solicitar una reflexión sobre la denominada «alternativa KAS».

El amateurismo de buena parte de la clase política vasca queda reflejado en su dificultad para decir lo que quiere decir en el momento en que debe decirlo. Siempre he admirado de García Damborenea su capacidad para hablar en todo momento salvo cuando los demás esperan que hable. Un problema de profesionalidad. En este país la clase política ha pasado más tiempo en los seminarios que en los partidos y eso deja huellas.

A por la Guardia Civil

(Andrés de la Oliva, en «Navarra Hoy», 21-8-86)

Ya van dos apariciones de encapuchados, «presuntos» guardias civiles, portavoces y dirigentes de un

pretendido sindicato clandestino de miembros de la Benemérita. Decididamente, Barrionuevo tiene un gran petardo entre sus torpes manos. Y era de esperar que el logotipo que la cosa tiene en el estado actual, en el que se escandalos («El Nani», «atr... drogás, etc.) salpican a todas las fuerzas de seguridad. De una parte, los resabios ideológicos de la izquierda y sus consiguientes posturas y operaciones políticas respecto de la Policía se han acabado volviendo contra el propio poder, ahora socialista. De otra, la más importante-, policía y guardias civiles no son seres angélicos, milagrosamente salvaguardados de la corrupción ambiental: cuando en una sociedad lo inteligente es «forrarse» y todo tiene precio, se alcanza sin dificultad el de algunos de quienes, por lo demás, se mueven junto a temas multimillonarios.

De manera que más nos vale rectificar sin tardanza esa suicida pretensión de «consolidar» la democracia y «profundizar» en ella despreciando o denigrando los valores morales y religiosos. Pero, en un plano de menor hondura, es indispensable atajar la corrosión de las fuerzas de seguridad y, especialmente, de la Guardia Civil, Felipe González se ha hecho el distraído sobre los encapuchados y ha aludido a la aplicación del Código Penal. En ninguna de las dos cosas parece muy acertado. Como no ha acertado ni acierta la derecha

cuando, no sólo no explica las raíces izquierdistas - también, por supuesto, socialistas - del lodazal policíaco, sino que, por acción o por omisión, se comporta como chamorada del Sr. Barrionuevo. Que al todavía ministro del Interior le ataque furiosamente la izquierda comunista y extraparlamentaria no es motivo razonable ni bastante para desconocer su multiforme ineptia. Se está yendo a por la Guardia Civil. Si el ministro actual no nos defiende ni siquiera de ese peligro, algún otro sabrá hacerlo.

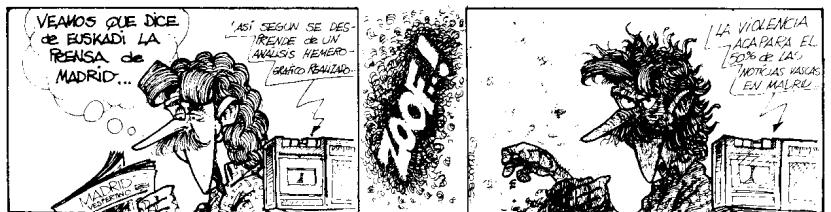
Muertos glorificados

(Emilio Romero, en «El Diario Vasco», 21-8-86)

(...) Estoy seguro que si Federico García Lorca hubiera sobrevivido a la guerra civil, y viviera para ser contemporáneo de Rafael Alberti,

las cosas serían de otro modo. También a Valle Inclán le hemos festejado más por muerto que en vida. Y cuando ocurría todo esto se nos anunciaba la muerte del político gallego Juan José Rosón. Las glorias de todos se han desorbitado. Hasta un periódico le dedica una buena parte de sus páginas. Pero desde su cese, tras la llegada del socialismo al poder, apenas se decía nada de este hombre, que según sus panegiristas funerarios era toda una celebridad histórica y universal. Entre tanto comentario y manifestaciones hay estos dos títulos periodísticos: «Si en Euskadi se consigue la paz, se lo deberemos en parte a Rosón». Este juicio es de Mario Onaindia. «Un político que hizo posible la transición», esta afirmación se debe a un comentarista político. Pero muchas más. El caso es que desde el 82 al 86, ha tenido lugar un período político trascendental, unas elecciones ge-

nerales con todas las modificaciones correspondientes, y Juan José Rosón no existía para casi nadie. Solamente el triste suceso de su muerte le hace glorioso. Juan José Rosón era, realmente, esto: una vocación política que no se resignaba a morir con la desaparición del franquismo - a cuyo régimen había servido - y formó parte del grupo de supervivientes que restauraron la democracia. Su proximidad estuvo con Martín Villa. No era un iluso, sino un pragmático. Sus creencias estaban dentro de ese horizonte político clásico que se llama «el posibilismo». Hablaba muy poco porque no era brillante, y además era perezoso del lenguaje. La construcción gallega es más apta para la negociación y el realismo que en otras construcciones. En estos asuntos parece que fue excelso. Eran pocos los que se fiaban de Rosón, y Rosón no se fiaba de nadie.



(«Deia»)